

blemente un crimen. Su función sería la de imponer algunos límites a la sociedad tradicional y, para ello, hay que asesinar, hay que transgredir la legalidad.

Al fin y al cabo, sea el bandido social en un sentido amplio, sea el yagunzo brasileño específicamente, cada uno a su manera convive con una ambigüedad que lo atrae por un lado hacia las fuerzas del mal y, a la vez, lo exalta como un héroe al servicio del bien⁷.

Sin embargo, en la tradición agraria brasileña se encuentra la presencia de un grupo armado que se pone a defender al propietario de las tierras. De esa manera, acaba por defender una serie de instituciones a él vinculadas, como el partido político al cual pertenece el terrateniente, la solidaridad de la familia, etc. Como dice Walnice Galvão⁸, ese grupo refuerza un régimen autoritario de dominación y acaba por incluir el bandolerismo en el centro mismo de la organización social, económica y política.

Si todo eso ayudó a construir nuestra historia acontecida, otros aspectos interfirieron en nuestra historia imaginada, específicamente en la tradición popular del sertón. Walnice Galvão, en su excelente estudio sobre *Grande Sertão: Veredas*⁹, destaca la medievalización del sertón brasileño, que se da tanto a través de la tradición letrada como a través de la tradición oral. Por medio de las historias que se cuentan de generación en generación, de las canciones y romances, «el caballero andante, el "cangaceiro", la doncella guerrera, la doncella sabia, figuras de la historia de Brasil, el animal, el Diabolo, todos son personajes de un solo universo»¹⁰. De esa forma, el bandido y el paladín serán, más o menos, el anverso y el reverso del yagunzo.

Si se llega al punto de definir al yagunzo, al leer *Grande Sertão*, uno se da cuenta de la multiplicidad de yagunzos que hay distribuidos en la amplia distancia que media entre el paladín y la encarnación de las fuerzas del mal.

El mismo Riobaldo, que reúne en sí mismo un amplio abanico de ambigüedades, al contar su historia para ese señor que se pone a oírlo y a dibujar una que otra expresión, no deja de confesar la dificultad que encuentra para definir su identidad de yagunzo:

Ser ruim, sempre, às vezes é custoso, carece de perversos exercícios de experiência. Mas com o tempo, todo o mundo envenenava do juízo. Eu tinha receio de que me achassem de coração mole, soubessem que eu não era feito para aquela influência, que tinha pena de toda cria de Jesus¹¹.

Si Riobaldo tiene recelos de que el «coração mole» no combine con la vida de yagunzo, lo mismo no sucede con Medeiro Vaz, un personaje que incluso ya ha sido comparado a Don Quijote¹² y que, en la línea que va del paladín al bandido, se sitúa como un verdadero par de Francia. Medeiro Vaz tiene una historia de vida que se orienta por el idealismo. Desciende de una familia de grandes propietarios de tierras y por eso heredó una gran hacienda. Sin embargo, con la guerra del sertón —«tudo era morte e roubo, e desrespeito carnal das mulheres casadas e donzelas»— era incompatible vivir en la tranquilidad. Reconociendo su deber, Medeiro Vaz decidió de-

⁷ Maria Isaura Pereira de Queiroz: Os cangaceiros — les bandits d'honneur brésiliens. (Julliard, Collection Archives n. 34, Paris, 1968) establece una distinción entre el bandido social, que sería el campesino que se subleva contra los terratenientes y los poderosos, y el bandido de honra, que actúa movido por la venganza de sangre.

⁸ Walnice Nogueira Galvão. As formas do falso — um estudo sobre a ambigüidade no Grande Sertão: Veredas. Sao Paulo, Ed. Perspectiva, 1972, p. 21 y ss. Para mayores aclaraciones consultar de Arthur Shaker, Pelo espaço do cangaceiro, Jurubeba. S. Paulo, Símbolo, 1979.

⁹ Id., ibíd., pp. 51-68.

¹⁰ Id., ibíd., p. 58 (El «cangaceiro» es un bandido del sertón brasileño, que está siempre armado y pertenece a un grupo).

¹¹ João Guimarães Rosa. Grande Sertão: Veredas. Rio, José Olympio Ed., 1976, 11.ª ed., p. 131.

¹² Walnice Nogueira Galvão. Op. cit., p. 66.

jar todo, sus tierras, su ganado, e incendiando la antigua casa de la propiedad elige las armas y pasa a ser jefe de bando:

Daí, relimpo de tudo, escorrido dono de si, ele montou en ginete, com cachos d'armas, reuniu chusma de gente corajada, rapaziagem dos campos, e saiu por esse rumo em roda, para impor a justiça. /.../ Medeiro Vaz era duma raça de homem que o senhor mais não ve; eu ainda vi¹³.

Pasando por la enorme galería de personajes yagunzos, en el otro extremo está el demoníaco Hermógenes —la encarnación misma de las fuerzas del mal— que, a partir de determinado momento, también pasa a ser jefe de bando: concentra los atributos de todo lo que debe ser eliminado en el mundo. Cuando Riobaldo lo conoce, ya intuye la figura siniestra que él representa a partir de la descripción de un tipo que más parece no tener cara:

O outro —Hermógenes— homem sem anjo-da-guarda. Na hora não notei de uma vez. Pouco, pouco fui receando. O Hermógenes: ele estava de costas, mas umas costas desconformes, a cacunda amontoava, com o chapéu raso em cima, mas chapéu redondo de couro, que se que uma cabaça na cabeça. Aquele homem arrepanhava de não ter pescoço. As calças dele como que se enrugavam demais da conta, enfolipavam em dobrados. As pernas, muito abertas; mas, quando ele caminhou uns passos, se arrastava —me pareceu— que nem queria levantar os pés do chão. Reproduzo isto, e fico pensando: será que a vida socorre a gente certos avisos? Sempre me lembro dele, me lembro mal, mas atrás de muitas fumaças. Naquela hora, eu estava querendo que ele não virasse a cara. Virou. A sombra do chapéu dava até em quase na boca, enegrecendo¹⁴.

Entre el ángel y el diablo de los yagunzos, Riobaldo va revelando las vicisitudes del alma humana y deja, cada vez más compleja, la definición de su propia identidad. Al tratar de los «bandidos» brasileños y profundizar la visión que de ellos se tiene, *Grande Sertão* alcanza el poder misterioso de la obra literaria de transformar lo más específico y particular en lo más amplio y universal; de transformar el corazón del sertón brasileño en el alma del mundo.

Si se dirige la mirada hacia otros parajes, si se dispone uno a sobrepasar la línea del Ecuador hacia el Norte, vamos a encontrar en el corazón de La Mancha, al ingenioso hidalgo —o caballero— Don Quijote. No tendrá él, directamente, relaciones de parentesco con los yagunzos brasileños. Será el último caballero que jamás conocieron los «venideros siglos». Pero tras haber caminado por los campos, buscando siempre poner orden en el mundo, Don Quijote decide marcharse hacia Barcelona, donde seguramente realizaría unas justas. Eso ocurre ya al final de la segunda parte de la obra.

En las afueras de la ciudad, por la noche, Don Quijote y Sancho serán sorprendidos por cuerpos ahorcados en un árbol. Don Quijote, tratando de consolar a Sancho, le dice:

—No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona¹⁵.

¹³ GSV, p. 37.

¹⁴ *Id.*, *ibíd.*, p. 91.

¹⁵ *Miguel de Cervantes. Don Quijote de la Mancha, Nueva edición crítica dispuesta por Rodríguez Marín. Madrid, Atlas, 1948, Tomo VIII, Parte II, Cap. LX, p. 36.*

Según Braudel¹⁶, ningún país presenta mejor imagen del aumento del bandidaje a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, que España. Según Pierre Vilar, en ninguna parte de España se encuentra una etapa tan aguda del bandolerismo como en Cataluña, entre 1605 y 1615¹⁷.

Si Don Quijote entiende que aquellos cuerpos son de bandoleros, apenas llegue el alba vendrá un grupo de unos cuarenta bandoleros a rodearlos a él y a su escudero Sancho. El jefe del bando tenía como «treinta y cuatro años, robusto, más que de mediada proporción, de mirar grave y color morena. Venía sobre un poderoso caballo, [...] y con cuatro pistoletas [...] a un lado»¹⁸. Se trata de Roque Guinard —un bandolero que en el *Quijote* aparece con una indiscutible dosis de idealización, como observa Javier Salazar¹⁹; sin embargo, el famoso Roca Guinarda había caído en la simpatía de toda España y, según cuenta Rodríguez Marín, había llegado a reunir bajo su mando, hacia 1610, como doscientos hombres o escuderos, como aparece en el *Quijote*²⁰.

Roque es el propio bandido al estilo Robin Hood. Después de haber asaltado a las personas que van por los caminos, trata de practicar la «justicia distributiva» y cada uno de sus hombres recibe lo que efectivamente le toca. Tratando de explicar en parte el funcionamiento del mundo, será el propio Sancho quien concluye: «Es tan buena la justicia, que es necesario que se use aun entre los mismos ladrones». El grupo tiene una ética propia que debe ser respetada y, a su vez, el código ético se encuentra traducido por las palabras y actitudes del jefe. La figura del jefe, en el caso de ese famoso bandido social, está más para ángel que para diablo o, como dice uno de sus escuderos, «nuestro capitán más es para *frade* que para bandolero».

Si Roca Guinarda conquista la simpatía de toda España, Roque Guinard —como aparece en la obra— fascina a Don Quijote. Observa el narrador:

Tres días y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida: aquí amanecían, acullá comían; unas veces huían, sin saber de quién, y otras esperaban, sin saber a quién²¹.

Dentro de la trayectoria de Don Quijote, Roque aparece en un momento muy especial. El caballero acaba de salir indignado de una venta donde tuvo conversaciones con lectores del falso *Quijote*. Su indignación proviene de las mentiras que sobre él el autor tordesillesco ha inventado. Desilusionado con su historia impresa, Don Quijote busca el camino hacia Barcelona. En una de sus paradas ocurre el encuentro con los bandoleros que lo sorprenden «a pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada a un árbol»²²: un caballero desarmado que, en el fondo, ya no es un caballero. Cuando llega Roque, lo que más le admira es la tristeza y melancolía que encuentra en la figura de Don Quijote. De inmediato percibe que tiene más de locura que de valentía y se alegra mucho de haberlo encontrado después de haber oído tantas historias a su respecto.

¹⁶ Fernand Braudel. *O Mediterrâneo e o mundo mediterrânico*. Lisboa, Livraria Martins Fontes, 1984, Vol. II, p. 115.

¹⁷ Pierre Vilar. «El tiempo del Quijote» en *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona, Ariel, 1964.

¹⁸ DQ, Parte II, Tomo VIII, Cap. LX, p. 38.

¹⁹ Javier Salazar Rincón. *El mundo social de Don Quijote*. Madrid, Gredos, 1986.

²⁰ DQ, Parte II, Tomo VIII, Cap. LX, p. 39, nota 4. Cuenta también Rodríguez Marín que por la calurosa simpatía que Roca Guinarda tenía de toda España, el Rey acaba por cambiar por el destierro a Nápoles la pena de muerte que éste había recibido, el 21 de enero de 1611.

²¹ *Id.*, *ibid.*, pp. 55-56.

²² *Id.*, *ibid.*, p. 37.